

DR441

L2

1855

V-5



Capilla Alfonso  
Institución de México



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

HISTORIA

DE

# LA TURQUIA

LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO

I

Selim, hijo de Soliman II y de Roxelana, tenia cuarenta y cinco años de edad cuando heredó el codiciado imperio. Favorito primero sin mérito de su madre, á causa de la afeminada semejanza que tenia con ella, y favorito ingrato despues de su padre á causa de la mediocridad que defiende á los príncipes

v.

1

viejos de los ataques de sus hijos, Selim II era uno de esos hombres que llegan al trono enervados por su vida licenciosa. Parecia que la naturaleza y la educacion lo habian formado de consuno para que sirviera con su pequeñez de medida á la grandeza de Soliman. Los sucesos importantes de su reinado no fueron mas que la consecuencia y la prolongacion póstuma del de su padre.

Su figura era tan insignificante como su carácter; los ojos azules y luminosos de su madre, habitualmente empañados por los vapores de la embriaguez, recordaban un poco la belleza de Roxelana. Su estrecha frente, la molicie de las mejillas, los abultados labios, el color vinoso de la tez, el grosor del cuello, la pesadez de los hombros, su tosca corpulencia, revelaban una de esas naturalezas de Vitelios otomanos, debilitados por la relajacion de costumbres y el abuso de los licores espirituosos, sin mas instintos que la aficion á los viles placeres de la mesa. Solamente, por una feliz compensacion del destino, esta misma molicie del cuerpo, que privaba á Selim de toda energía moral, le libraba al mismo tiempo del deseo de reinar por sí mismo; la fatiga de su cuerpo parecia que se extendia hasta su alma; el esfuerzo de su voluntad hubiera importunado su debilidad y turbado su reposo; depositar el mando

en manos de un hombre que lo librara de pensar y de hacer, era la mas apremiante de sus ambiciones. En su concepto, reinar era descansar en el rango supremo. Por una feliz casualidad el gran visir Mohammed Sokolli, que iba á gobernar en nombre de Selim, era un hombre capaz de continuar la política de Soliman y de disimular la insuficiencia de su sucesor.

## II

Este gran visir, á la cabeza de un ejército de trescientos mil hombres y haciendo hablar á su gusto el féretro que llevaba consigo, era dueño del imperio. Él podia suspender los acontecimientos, prolongar el interregno, negociar con las tropas, y dictar condiciones al heredero del trono. Se olvidó á sí mismo para no pensar mas que en el bien de la patria. Una carta breve y respetuosa dictada por él al secretario de Soliman, el discreto y sabio Feridun, de que fué portador el tschausch Hassan-aga, anunció á Selim la muerte de su padre. En esta carta, el gran visir excitaba al nuevo sultan á acercarse á Constantino-

pla para recoger la herencia paterna. Él se encargaba de conducir allí el ejército ántes de que supiera la muerte de su soberano. Le rogaba que no se presentara á los genízaros en Belgrado ó Andrinópolis, para que no fuese blanco ó juguete de las exigencias de la soldadesca, habituada durante cinco reinados á hacerse pagar con gratificaciones el advenimiento al trono.

### III

Hassan atravesó con tanta rapidez la Hungría, la Bulgaria, la Tracia, el mar Negro y la mitad del Asia Menor, que á los ocho días se hallaba en Kutaiah, capital del gobierno en donde residia Selim. Este príncipe estaba ausente; se hallaba cazando con algunos favoritos en el valle de Kara-Hissar, inmediato á Constantinopla. Despues de haber leído á caballo la letra de Feridun, partió á galope para esta ciudad. Su kodja ó profesor, Atallah, su camarero mayor, Hussein-bajá, su escudero, Kosrew-aga, y su favorito, Djelal-Tchelebi, lo seguian mas impacientes y

curiosos de dominar que su mismo señor. En la noche del tercer dia despues de su partida de Kara-Hissar, llegaron de improviso á Scutari, arrabal asiático de Constantinopla, separado del serrallo por un brazo de mar de la anchura de unos tres ó cuatro tiros de ballesta. Mandaron abrir en nombre de Selim la casa de campo de la sultana Mihrmah, hija como él de Roxelana, la que habia llorado tan amargamente á Bayezid, sacrificado á la ambicion de Selim. Se ha visto que despues del suplicio de este hermano querido, se habia reconciliado con Selim, de quien iba á depender en lo sucesivo su fortuna.

Selim se admiró de la calma que reinaba en Scutari y en el serrallo, cuyas puertas, jardines y kioskos podia distinguir entre las sombras. Hizo atravesar á Hassan el brazo de mar para comunicar á Iskender-bajá, gobernador de la capital, su llegada á Scutari, y pedirle cuentas de aquella inmovilidad y aquel silencio. Iskender-bajá temió que le tendiesen un lazo con aquel mensaje. Este gobernador no habia recibido del gran visir ningun aviso formal de la muerte de Soliman, ninguna orden de preparar la ciudad y el serrallo para el advenimiento de su nuevo soberano. Una carta en términos oscuros y enigmáticos, dirigida por Feridun y destinada á ser adivinada por sus reticencias, era lo único que habia reci-

bido en el momento en que Hassan habia partido para Kutaiah. Iskender, soldado iliterato, habia decifrado mal el enigma. Responsable para con Soliman del trono y de la capital, temiendo en esta súbita aparicion del heredero una usurpacion contra la vejez de su ausente padre, vacilaba entre la duda y la credulidad. Escribió á Selim por medio de Hassan que ignoraba los sucesos de que le hablaban, y que no tenia orden del gran visir para abrir el serrallo á su nuevo señor. Selim replicó que los acontecimientos de tal gravedad no se escribian sino en lenguaje simbólico para que no fueran comprendidos del vulgo, que solo á él, hijo y heredero de Soliman, le tocaba el interpretarlos soberanamente. Durante este cambio de mensajes entre el gobernador de la capital y el nuevo sultan, el bostandji-baschi, intendente absoluto del serrallo, prevenido por el caballerizo de Selim, envió la barca imperial á Scutari para conducir al sultan á palacio. Selim entró en ella sin séquito y sin ruido, en medio de las tinieblas de la noche. En el momento en que ponía el pié en el umbral de la puerta que da al mar, en frente de Scutari, los cañones del castillo de Leandro, pequeña fortaleza edificada sobre el escollo de este nombre, entre las dos orillas, anunciaron á la dormida capital que Soliman habia dejado de existir. El serrallo fué

invadido por los que venian á aclamar al nuevo sultan.

## IV

Un caballo, cubierto con los ornamentos imperiales, aguardaba al sultan al pié del serrallo. El bostandji-baschi, segun el ceremonial, cogió á Selim por debajo del brazo para ayudarlo á montar. El caballerizo mayor Hussein, antiguo compañero de destierro de Selim, quiso rechazar al bostandji como quien cree irrespetuoso su ademan; pero Selim, que recordaba los usos de la córte en donde habia pasado los dias de su infancia, dijo sonriendo al aga de los bostandjis: « No escuches á ese extranjero, aga; no « ha sido educado como nosotros en el serrallo; no « conoce sus privilegios y costumbres; marcha en « paz delante de mi caballo, y enséñanos el camino « á través de esos jardines que no conozco. »

El capu-aga ó jefe de los eunucos blancos lo recibió á la puerta del palacio; su hermana, la sultana Mihrmah, se arrojó á sus brazos bañando su rostro de lágrimas. Ella le traía un presente de cincuenta

mil ducados de oro que habia economizado para ofrecérselos en el momento en que tuviera necesidad de hacer donativos á la córte y á las tropas. El mufti, el gobernador, los jueces del ejército, los defterdars, los mallas, los dignatarios de Constantinopla, le besaron la mano. Visitó las mezquitas y los sepulcros de sus padres por espacio de dos dias, como para hacer homenaje á Dios y á sus antepasados del reinado que iba á inaugurar sobre sus *turbés*. Pero los consejos torpes ó recelosos de sus cortesanos de Kutaiah le hicieron desatender los que le daba el gran visir. En vez de aguardar al ejército en Constantinopla, corrió á Belgrado á presenciar la sedicion de los soldados.

## V

El gran visir habia logrado ocultar á las tropas la muerte de Soliman durante cincuenta dias. El ejército, creyéndose siempre mandado por él, marchaba ordenado al rededor de su litera, saludando á los altos que hacia con ardientes aclamaciones al sultan que no podia ya oirlas. Acercábase así á Belgrado, y

hallábase una noche acampado á la entrada de un bosque encendido de la Hungría, cuando Mohammed Sokolli, sabedor por un correo de la próxima llegada de Selim, dejó resonar en las tinieblas la voz de los lectores del Coran, invitados por él en secreto para revelar á los soldados la muerte de su padischah. Al ruido de estas voces que salmodiaban al rededor de la litera el primer versículo de la Sura de los muertos : « Todo poder acaba, todos los hombres « tienen su última hora; solo el Eterno no tiene ni « fin ni muerte, » los soldados prorrumpieron en sollozos al comunicarse unos á otros la fatal nueva.

Agolpándose tumultuosamente al rededor de las cuerdas del recinto de las tiendas imperiales, rehusaban el levantar el campo por llorar á su soberano. « Camaradas, » les dijo el gran visir que montó á caballo al romper el dia para arengarlos, « ¿ porqué « os negais á marchar para expresar vuestro dolor? « No debemos mas bien entonar cánticos de alegría « y celebrar la entrada en la felicidad eterna del « alma de nuestro padischah? No ha hecho él de la « Hungría la casa del islamismo? No ha colmado á « la religion, al imperio y á nosotros mismos con « sus dones? Deberemos manifestarle nuestra grati- « tud con lágrimas sediciosas y cobardes lamenta- « ciones? No es mas justo poner sus restos preciosos

« sobre nuestras cabezas y llevárselos á su hijo y  
 « sucesor Selim , que nos aguarda en Belgrado para  
 « cumplir las últimas disposiciones de su padre y  
 « concederos presentes y aumento de paga? Tran-  
 « quilizad vuestros corazones, dejad recitar en paz  
 « las oraciones á los lectores del Coran, y marchad.»

El ejército emprendió en silencio la marcha mas bien como un acompañamiento fúnebre que como un ejército victorioso. El gran visir temía el prematuro encuentro de los soldados y del sultan. Las tropas pedían á gritos que Selim II pasara el Danubio, viniera á recibir en presencia del féretro de su padre el juramento que le prestaran, y á distribuir las gratificaciones por su exaltacion al trono. Selim se enojó con estas exigencias que el visir le aconsejaba ya que tolerase, puesto que se habia expuesto temerariamente á ellas con su venida, recelando que su impaciencia defraudada estimulase las tropas á la rebelion. Los nuevos consejeros del sultan, que lo cercaban en Belgrado, le hablaban contra estas condescendencias que rebajaban á juicio suyo su dignidad: « ¿ No habeis recibido el juramento del imperio en la capital? » le decian. « Para qué otro juramento? Tendria por ventura el ejército derecho para dar el cetro á su soberano? En los primeros tiempos de la monarquía, se decia que para subir

« al trono debian pasar los sultanes bajo el sable de  
 « sus soldados; cierto era esto entónces; pero hoy  
 « que el trono es una herencia y no una eleccion de  
 « la tropa, tales recuerdos son una ofensa á la majestad del soberano. »

Selim se limitó pues á esperar el ejército en el trono de oro que se habia levantado bajo una tienda, al borde del Danubio, en la cima de una colina situada sobre el rio bajo los muros de Belgrado.

« De esta suerte, » exclamó el gran visir, confiando su secreto á Feridun, « pierden á los imperios consejeros irresponsables é inexpertos. »

Feridun le enseñó una carta que acababa de redactar y que le proponia firmar para hacer ver al sultan el peligro de esta conducta.

« No, » dijo el gran visir, « no firmaré ninguna representacion, porque es inútil: además, ¿ sé yo acaso si soy á estas horas gran visir, y no es dueño el sultan de nombrar en mi lugar á otro consejero? »

## VI

Merced á su influjo llegó á contener hasta el dia siguiente á los soldados dentro de los límites de la

disciplina. Al amanecer, el carro fúnebre, en que iba el cuerpo de Soliman, avanzó seguido por la multitud hácia las márgenes del Danubio. Selim, vestido de luto, salió á la cabeza de un cortejo silencioso de los muros de Belgrado y fué á pié á buscar el féretro y las tropas. Su preceptor Atallah y su caballero mayor Hussein lo sostenian por el brazo. Los dos séquitos se pararon al encontrarse. El sultan levantó las manos al cielo y los muezzines entonaron las oraciones fúnebres. Los visires, el ejército, el pueblo de Belgrado que acompañaba á Selim, mezclaban sus sollozos con el murmullo del rio. Nunca, desde los funerales de Alejandro, se habia visto que un ejército perdiera así su alma al perder la de su jefe. Selim, desconocido de los soldados, no se atrevió á acercarse á ellos con la majestad que impone, ó con la familiaridad que seduce. Entró en su tienda y no se dejó ver.

El rumor de estos doscientos mil soldados, que le aguardaban acampados, no tardó á asediarlo. Rompieron filas, y excitándose los unos á los otros, cercaron las tiendas del sultan.

« ¿Es esto lo que se nos habia prometido ? » se decian. « ¿ Qué se han hecho los antiguos usos ? ¿ En donde están las recompensas y los presentes que se nos deben ? ¿ Ingratos visires, esperais eludir de

« ese modo los derechos de aquellos que dan y conservan la victoria y el trono ? Sultan invisible, que crees librarte de nosotros detras de ese muro de cortesanos pusilánimes, nosotros te hallaremos otra vez cerca del carro de heno. »

El encontrar al sultan cerca de un carro de heno era una amenaza sediciosa contenida en una soldadesca alusion á precedentes, en que las tropas habian mostrado su descontento á los visires. Cuando los soldados, amotinados contra sus generales en una marcha, querian sembrar el desorden y la confusion en la columna y provocar impunemente un tumulto, en que nadie aparecia culpable, se aprovechaban del encuentro fortuito ó premeditado de un carro de heno que obstruia el camino para interrumpir la marcha, hasta tanto que fuesen satisfechas sus exigencias.

Los consejeros de Selim II, temiendo que la revuelta inminente del ejército llegase hasta profanar el ataud de Soliman, lo mandaron sacar por la noche y lo encomendaron á un destacamento de la guardia para que lo trasportara á Constantinopla. El gran visir y los bajás llamados al dia siguiente al consejo de Selim, lo convencieron de la necesidad de ceder á la sedicion militar que habian querido prevenir disuadiéndolo de ponerse temerariamente en manos

de los soldados ántes de su licenciamiento. Convenido el príncipe demasiado tarde de la sabiduría del gran visir, salió de sus tiendas, recibió el juramento y concedió las gratificaciones de costumbre á todos los cuerpos del ejército. Los dos jueces mayores se aprovecharon del ascendiente de las tropas para pedirle en su nombre que se mantuvieran con todo rigor las leyes que prohibian la venta y el uso del vino en el imperio. Esta alusion indirecta al vicio que se atribuía al mismo Selim, tolerada en Belgrado, fué castigada pocos dias despues en Semendria, con el destierro de los dos jueces.

El cortejo imperial y las tropas hicieron alto ántes de llegar á Constantinopla, en el pueblo de Halkalu, para dar lugar á que se concluyeran los preparativos de la solemne entrada. El sultan se alojó con su córte en una casa de recreo que Soliman habia hecho construir en Halkalu. El gran visir se apeó en una granja que poseía á alguna distancia de la poblacion. El órden y el silencio que guardó el ejército desde Belgrado no hacian presentir ningun resentimiento. Bajo esta apariencia fermentaba una conjuracion militar. Las tropas querian al parecer sacudir la mano que iba á gobernarlos para conocer su fuerza ó su debilidad. En medio de la noche, los vigilantes del campamento acorrieron á la quinta del gran vi-

sir á noticiar á Mohammed Sokolli el desórden nocturno que presagiaba los que habian de sobrevenir de dia. Bandas de genízaros, con teas encendidas, celebraban conciliábulos al rededor de los toneles abiertos de vino, que les inspiraban la insolencia con la embriaguez. Todos los lugares circunvecinos en que se habian acantonado las tropas, ofrecian los mismos síntomas de sorda agitacion.

Sin embargo, pareció que todo se calmaba con la aurora. El gobernador de Constantinopla. Iskenderbajá, el mufti, el capitan bajá Pialé, casi tan popular como Barbaroja, habian acudido en gran pompa de la capital para besar la mano del sultan y para escoltarlo hasta su palacio. Las tropas reunidas por sus generales desfilaron dando el acostumbrado grito de ¡ viva el padischah ! Una muchedumbre innumerable cubria la llanura, las colinas, los tejados de los edificios para contemplar á su nuevo señor. Los genízaros, en columna cerrada, hendian dificilmente estas olas de espectadores. Ya habian atravesado las puertas de la capital, cuando un reflujo repentino detuvo al sultan cerca de las murallas de la ciudad. Los visires preguntaron con ansiedad á los chiaux encargados de la policia de la ceremonia, cual era la causa de aquel entorpecimiento y aquella confusion.

« Un carro de heno, respondieron, obstruye el



« paso de los genízaros, que ya están á la altura de  
« la mezquita de los príncipes. »

A esta palabra, señal de tumulto premeditado, los generales y los visires rompieron las filas con los pechos de sus caballos, y se lanzaron á la cabeza de la columna para reprimir á los genízaros.

« ¡ Que ocurre, valientes camaradas ! les dijo el  
« segundo visir Pertew-bajá, querido de los soldados  
« por su bravura, vuestra insubordinacion es una  
« ofensa inferida á la majestad de vuestro padis-  
« chah. »

« — ¿ Crees tú que estás aun en Transilvania, im-  
« poniendo leyes arbitrarias á tus soldados ? » Le re-  
pondieron los revoltosos, derribándolo de su caballo al suelo, por donde rodó su turbante en medio de los aplausos del populacho. El capitan-bajá Pialé quiso interponer su autoridad, hasta entónces inviolable, aun entre los facciosos.

« ¿ No es una infamia que los soldados atenten á la dignidad de los visires, que los han conducido á la victoria ? » exclamó con indignacion.

« ¿ Qué tienes tú que echarnos en cara, viejo pirata ? » gritaron los soldados, haciéndole igualmente bajar de su caballo y destrozándole sus vestidos. El anciano Ferhad-bajá, veterano de dos reinados, creyó que respetarian su barba blanca ; á culatazos lo der-

ribaron á los piés de los caballos. El mismo aga de los genízaros, uniendo el gesto á las súplicas, se anudó al cuello un cordon de seda para decir á sus soldados : « ¡ En vuestras manos me pongo, apretad  
« el nudo , extrangulad á vuestro general, pero res-  
« petad á vuestro padischah ! »

« ¡ — Ah ! vil adulador, le dijeron mil voces con  
« obstinacion ¿ quieres darnos galleta azucarada en  
« vez de pan ? Pero no salvarás así ni los tesoros del  
« sultan, ni los del gran visir ; tambien á ti te haremos ver el carro de heno volcado. »

Durante este desórden de la vanguardia, Selim, inquieto y humillado, aguardaba vergonzosamente en la plaza de la puerta de Andrinópolis que los soldados se dignaran dejarle libre el camino de la capital y de su palacio. Mandó al gran visir que satisficiese á todo trance las pretensiones de las tropas. Sokolli, contristado por la sedicion y la debilidad, hizo arrojar con profusion sacos de piastras á los amotinados genízaros. A este precio emprendieron de nuevo la marcha, y levantaron el carro derribado. Pronto llegaron á las puertas del serrallo, penetraron tumultuosamente en el primer patio, y se parapetaron allí otra vez ; en seguida enviaron una diputacion acompañada de visires desarmados y ultrajados á Selim á quien obstruia la rebelion el acceso á

su palacio. Detenido cerca de la mezquita de la sultana Khasseki, Selim volvió á conceder todo lo que exigian. Los visires montaron de nuevo á caballo, y el emperador entró en el serrallo impelido por las olas de una sedicion impune.

Agotóse el tesoro para los genizaros; los spahis y los demás cuerpos del ejército murmuraron y ofendieron á su vez á los visires, pidiendo participacion en el pillage. El gran visir, que espiaba la ocasion de restablecer la envilecida autoridad, se sirvió de los sediciosos satisfechos para castigar á los sediciosos insaciables; mandó decapitar á los jefes de los spahis y colgar á tres luchadores que representaban el papel de tribunales del populacho.

Los tesoros de la isla de Chio, saqueados algunos meses ántes por el capitan-bajá Pialé y ofrecidos por este almirante al sultan, colmaron el vacío del tesoro. Pialé, hijo de un zapatero de Croacia, elevado por el azar y sus empresas marítimas al rango de yerno de Selim, fué recompensado por sus servicios en esta sedicion con el título de visir de la cúpula, es decir, que se le autorizó para sentarse en el divan bajo la cúpula, enfrente del gran visir, para discutir los negocios del Estado.

Ali-Agá Muezzinzade (ó hijo del Muezzin), fué nombrado capitan-bajá en lugar de Pialé. Mahmud-bajá,

apellidado Sal, del nombre de un héroe persa, célebre por su fuerza en la lucha, recibió igualmente el título de visir. Selim recompensaba así en Mahmud la adhesion brutal que este luchador habia mostrado extrangulando con sus propias manos, por orden de Soliman, al príncipe Mustafá, que habia rechazado con su vigor á los mudos de su padre. Lala Hussein (ó el padre Hussein), consejero inexperto de Selim, que lo habia conducido tan fatalmente á Belgrado, fué separado de la intermediacion del sultan enviándolo al gobierno de Anatolia. Djelal-Beg, el favorito de Selim, mas agradable al gran visir, fué colmado de honores y de rentas por Sokolli, para que se interesara en mantener á este gran dignatario en la confianza del sultan. Seguro así de su ascendiente en el consejo familiar de Selim, Sokolli evitó toda oposicion á su política dentro del serrallo. El ministro de hacienda, Yusuf-Agá, que combatia encarnizadamente todas sus medidas, fué cogido por la propia mano del visir á la salida del consejo y entregado al verdugo, que le cortó la cabeza bajo la bóveda de la puerta del serrallo.

Sokolli reinó sin obstáculos: negoció y firmó una paz gloriosa con el emperador, y recibió una embajada persa. Espléndida, segun la descripcion de los analistas, esta embajada devolvía á Selim los esclavos

vos, las armas, los caballos y los camellos de su hermano Bayezid, muerto por ellos para complacerlo, violando las leyes de la hospitalidad. Un fanático religioso atentó á la vida del embajador persa Schah-kulli, en el momento en que hacia su entrada solemne en la capital. El asesino fué atado á la cola de un caballo indómito, y arrastrado por las calles, hasta que lanzó su último suspiro. Los presentes del schah de Persia, presentados por su embajador, atestiguan las maravillas de la industria persa en medio de las guerras civiles, que daban ó quitaban el trono á las dinastías de este reino. Coranes con cubiertas de terciopelo y broches de oro y piedras preciosas; estuches de alhajas con rubíes y perlas; ocho tazas de turquesas; dos tiendas bordadas con paisajes pintorescos; veinte tapicerías de seda tegidas de flores, aves y animales; nueve alfombras de pelo de camellos nonatos; cortinajes de tiendas resplandecientes como puertas de oro y de plata; sillas de caballo incrustadas de pedrería; siete cetros y siete sables corvos con vainas de terciopelo carmesí; telas de lana para los piés, tan sedosas y túpidas que una sola pieza representaba la carga de diez hombres.

Un embajador de Polonia, nacion de política vacilante, que halagaba á los turcos para librarse de los alemanes, de los rusos y de los tártaros, llevó á Se-

lim las pieles y las armas de fuego, presentes del Norte. Sokolli concedió á los polacos todo lo que pedían á la Puerta, para apartarlos de la causa de los húngaros y de los alemanes. Este gran visir gobernaba tan despóticamente á Selim, que habiendo querido el sultan elevar á su antiguo preceptor Lala-Mustafá al grado honorífico de visir de la cúpula, no se atrevió á proponérselo de antemano á Sokolli. El sultan convocó un divan á caballo al volver de caza, y se excusó tímidamente ante el gran visir de haber hecho este nombramiento tan importante sin haberselo consultado.

Sokolli, fiel á las tradiciones de alianza con la Francia, envió á Paris á Ibrahim-Beg. Este embajador pidió al rey Carlos IX la princesa Margarita para casarla con el príncipe Sigismundo de Transilvania, á quien la Puerta queria colocar en el trono de Polonia. El mes de setiembre de 1569 ardieron en una sola noche veinte mil casas de Constantinopla. Sokolli, rodeado de llamas en un cuartel, adonde habia acudido para apagar el incendio, estuvo á punto de perecer en aquella inmensa hoguera. El celo y el oro de este ministro borraron pronto los vestigios de este desastre.

Al mismo tiempo fundó en Andrinópolis, en nombre de Selim, la maravillosa mezquita de Selimieh,

segun los dibujos del arquitecto Sinan, este Palladio turco. La cúpula de esta mezquita, sostenida por pilares como la de San Pedro de Roma, es mas elevada y ancha que la de Santa Sofia. Sinan, que consideraba este edificio como su obra principal, decia que la mezquita de los príncipes en Constantinopla era un ensayo de aprendiz; la de Soliman, obra de un trabajador consumado; pero que la Selimieh de Andrinópolis era la gloria de un gran maestro. Cuatro alminares, obeliscos huecos, lanzaban sobre la cúpula sus flechas al cielo, semejantes á los florones de una corona de marmol blanco, destacados sobre el azul del firmamento; tres escaleras, cuyas espirales superpuestas y enlazadas las unas con las otras, se siguen sin encontrarse jamás, sirven para que suban y bajen tres muezzines á la vez desde el umbral á la cúspide y desde la cúspide al umbral de los alminares; los pilares separados del centro de esta media naranja, y disimulados con las paredes, dan á la cúpula un aspecto de un prodigio aéreo.

## VII

Pero estos edificios no eran mas que decoraciones del reinado. Sokolli pensaba en la prosperidad y en

la fuerza de su raza. Su genio se habia anticipado á su época en la teoría de la economía política, ciencia de la riqueza de las naciones. Él veía esta riqueza en la agricultura, en el comercio, en la navegacion, vehículo de los cambios entre los pueblos. Quería hacer de Constantinopla, por medio de la industria, lo que la naturaleza ha hecho por su situacion, el depósito del Asia, de la Europa y del Africa, la *grande escala* del universo. El mayor elogio que se puede hacer de Selim II es el de no haber contrariado los proyectos de su ministro para la realizacion de sus planes.

Sokolli encubrió su verdadero pensamiento de civilizacion demasiado avanzada para su tiempo, bajo la apariencia de una empresa política que halagaba la preocupacion y el ódio de los turcos á los persas.

Expuso en el divan y difundió por el público que el único modo de triunfar para siempre del cisma de Alí en Persia, era costear por la Crimea los baluartes naturales del Cáucaso y de la Georgia, que protegen este imperio por la parte del mar Negro, y estrechar poco á poco la Persia por Bagdad y por el mar Caspio. El encono nacional acogió con entusiasmo el pensamiento de Sokolli. Las miradas se dirigieron al fondo del mar Negro.

Los rusos, nacion bárbara que salia de los panta-